

A medida que se desarrollaba ante sus ojos aquel cuadro de las faltas de su reinado, y se removía la sangre del Campo de Marte, del 20 de Junio y del 10 de Agosto, para que la responsabilidad cayese sobre él solo, algunos de los conspiradores de aquellos días, diseminados entre sus jueces, como Petion, Barbaroux, Louvet, Carra, Marat, Danton y Legendre, no podían ménos de ruborizarse y bajar los ojos. Su conciencia les decía interiormente que era vergonzoso declarar autor de aquellos atentados al mismo que había sido su víctima, y sin embargo, se jaetaban en alta voz algunos días ántes de haber urdido aquellas conspiraciones contra el trono; pero el sentimiento del derecho es tan fuerte entre los hombres, que aún cuando le violan, le aparentan con hipocresía, y los conspiradores más acérrimos, no contentos con obtener la victoria, quieren tener de su parte la legalidad.

Escuchó el rey aquella lectura en la actitud de una impasible atención. Sólo en dos ó tres puntos en que la acusación traspasaba los límites de la injusticia y de la verosimilitud, y en que se le echaba en cara la efusión de sangre del pueblo, tan religiosamente evitada por él durante todo su reinado, no pudo ménos de manifestar con una amarga sonrisa y un movimiento involuntario de hombros la contenida indignación que le agitaba. Se conocía que todo lo esperaba, excepto la acusación de haber sido un príncipe sanguinario. Levantó los ojos al cielo y tomó á Dios por testigo contra los hombres.

III

Presidiendo en este día la Convención Barere, reasumió cada uno de los textos razonados de la acusación, y procedió al interrogatorio del rey. Valazé, uno de los secretarios de la Asamblea, se aproximó á la barra, y fué presentando á la vista del acusado todos los documentos que tenían relación con el asunto. El presidente preguntaba al rey si los reconocía, y así se le presentaron todos los papeles concernientes á la traición de Mirabeau y de Lafayette, hallados en el armario de hierro, donde los había colocado él mismo; su carta confidencial á los obispos para desdecirse de la aceptación de la Constitución civil del clero; otras cartas acusadoras firmadas por él ó escritas todas de su propio puño; y en fin, notas secretas de Mr. de Laporte, intendente de su tesoro particular, que probaban el empleo de sumas considerables para corromper á los jacobinos, las tribunas de la Asamblea y los arrabales.

Tenia Luis XVI dos modos igualmente nobles de defenderse: el primero era negarse á toda respuesta, y cubrirse con la inviolabilidad del rey ó con la resignación del vencido; el segundo, confesar de plano los esfuerzos que había hecho y debido hacer para moderar á los grandes jefes del partido de la revolución y afiliarlos al lado del trono amenazado, que su sangre, su rango y su juramento á la Constitución le obligaban á defender, puesto que el trono por sí mismo hacía parte de aquella Constitución. Lo podía tanto más el rey, cuanto que ninguno de los documentos hallados en el armario de hierro probaba directamente un arreglo con las potencias extranjeras contra Francia; pero no halló en su presencia de ánimo ni uno ni otro de estos dos sistemas de respuesta, que si no hubiesen salvado su vida, hubiesen al ménos preservado su dignidad. En lugar de responder como rey

por el silencio, ó como hombre de Estado por la confesión atrevida y razonada de sus actos, respondió como un acusado que disputa la confesión de los hechos. Negó las notas, las cartas, los actos; y hasta negó el armario de hierro, que, sellado por él mismo, se había abierto para revelar sus secretos. La angustia de su alma no le dejó el tiempo de deliberar sobre lo que de él exigía su majestad. Quizá la primera negativa le condujo á negarlo todo, para no ser convencido de disimulo, ó más bien para no comprometer á sus adictos con sus confesiones. Quiso sin duda también reservar á sus defensores la entera libertad de sus palabras, y en fin, pensó en su esposa, en su hermana y en sus hijos, quizá más de lo que en tal momento convenía, y de este modo empañó el brillo de su defensa. Desde aquel día ya no fué un rey que luchaba con el pueblo, sino un acusado que disputaba con sus jueces, y que dejaba intervenir los abogados entre la majestad del trono y la del cadalso.

Después del interrogatorio, Santerre volvió á coger al rey por el brazo y le condujo al salón de descanso de la Convención, acompañándole Chambon y Chaumette. Lo largo de la sesión y la agitación de espíritu habían agotado las fuerzas del acusado. Se caía de inanición, y Chaumette le preguntó si quería tomar algún alimento, pero el rey lo rehusó. Un momento después, vencido por la naturaleza y viendo á un granadero de la escolta ofrecer al procurador de la municipalidad medio pan, Luis XVI se aproximó á Chaumette, y le pidió en voz baja un pedazo de aquel pan. «Pedid en voz alta lo que queráis», —le dijo Chaumette, como si temiese hacerse sospechoso hasta por su piedad. «Os pido un poco de vuestro pan», —repitió el rey levantando la voz. «Tomad, partidlo», —le dice Chaumette; — es un desayuno propio de un espartano. Si tuviese algunas raíces, os daría la mitad.»

Avisaron que estaba allí el carruaje. El rey entró en él aún con su pedazo de pan en la mano, del que sólo comió la corteza. Incomodándole la miga y creyendo que si la tiraba por la ventanilla podría tomarse esa acción por una señal, ó que había ocultado algún billete en aquel pan, se la dió á Colombeau, sustituto de la municipalidad, que iba sentado al vidrio en el carruaje, y Colombeau tiró el pan á la calle. «¡Ah! —dijo el rey. —Es mal hecho tirar así el pan en un tiempo en que está tan escaso.» «¿Y cómo sabéis que está escaso?» —le preguntó Chaumette. «Porque el que yo cómo huele á polvo.» «Mi abuela —repitió Chaumette con jovial familiaridad — me decía cuando era niño: «No tires nunca una miga de pan, porque no serás capaz de hacer producir otro tanto.» «Mr. Chaumette, —dijo el rey sonriendo, —vuestra abuela tenía un buen sentido: el pan viene de Dios.» La conversación continuó así serena y casi alegre durante la vuelta.

El rey contaba y nombraba todas las calles. «¡Ah! Esta es la calle de Orleans», — exclamó al atravesarla. «Decid la calle de la Igualdad», —replicó bruscamente Chaumette. «Sí, sí, —dijo el rey, —porque...» No concluyó, y quedó por un momento triste y silencioso.

Al poco rato Chaumette, que no había tomado nada desde por la mañana, se sintió mal en el carruaje. El rey prestó algún auxilio á su acusador. «Sin duda —le dijo — os incomoda el movimiento del coche. ¿Habeis experimentado alguna vez el balance de un barco?» «Sí, —respondió Chaumette; —hice la guerra á las órdenes del almirante Lamotte-Piquet.» «¡Ah! —dijo el rey. —Era un bravo hombre Lamotte-Piquet.» Mientras continuaba así la conversación en el interior del coche,

los mozos del mercado de granos y los carboneros, formados en batallones, cantaban en torno de él las estrofas más terribles de la *Marsellesa*.

¡Tyrans, qu'un sang impur abreuve nos sillons!

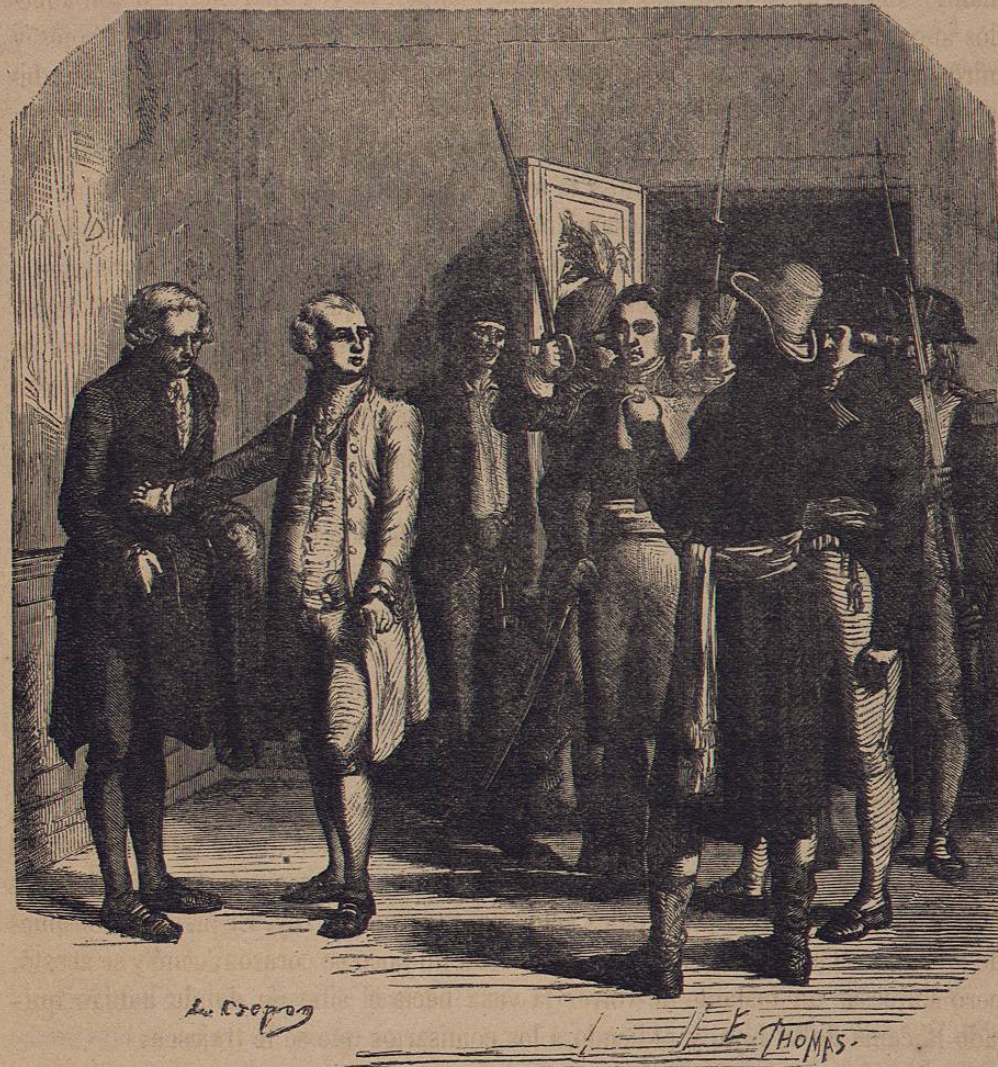
Desaforadas voces de ¡*Viva la revolucion!* salian de entre la multitud al acercarse el acompañamiento, prolongándose por toda la línea hasta la Bastilla, formando sólo un grito desde las Tullerías al Temple. El rey aparentaba no oír aquellos augurios de muerte. Al entrar en el patio de la fortaleza, levantó los ojos y miró tristemente por largo tiempo los muros de la torre y las ventanas de la habitación de la reina, como si su mirada, interceptada por las tablas y las rejas, hubiese podido comunicar sus pensamientos á aquellos á quienes amaba. El alcalde le condujo de nuevo á su cuarto, y le leyó el último decreto de la Convencion, que mandaba su separacion y el aislamiento absoluto de su familia. El rey suplicó al alcalde hiciese revocar una orden tan cruel, y obtuvo que al ménos informasen á la reina de su vuelta, concediendo Chambon todo lo que de él dependia. El ayuda de cámara Clery, que dejaba al rey, tuvo una última comunicacion con las princesas, y les explicó los pormenores que su amo le habia confiado sobre su interrogatorio. Clery aseguró á la reina la intervencion de los gabinetes extranjeros para salvar al rey; dejó entrever que la pena se limitaria á la deportacion á España, por ser país que no habia declarado la guerra á Francia. «¿Han hablado de la reina?»—preguntó con ansiedad madama Isabel. Clery contestó que no se la habia nombrado en el acta de acusacion. «¡Ah!—respondió la princesa, como aliviada del peso de una grande inquietud.—Quizá miran al rey como una víctima necesaria á su seguridad; pero la reina, pero estos pobres niños, ¿de qué obstáculo pueden servir estas vidas á su ambicion?...» En esta entrevista, contra las órdenes de la municipalidad, Clery convino con las princesas en las relaciones furtivas que la generosa complicidad de un guarda llamado Turgy proporcionaria á los prisioneros. Vestidos, muebles y la ropa blanca, pedidos ó enviados de un piso á otro, fueron las cifras secretas de aquella correspondencia, por medio de las cuales el rey conocia el estado del alma y del cuerpo de las princesas y de los niños, y ellas por su parte sabian los principales actos del proceso del rey. El príncipe, despues de tomadas estas precauciones que consolaron un poco su corazon, cenó y se acostó, pero sin cesar un instante de volver la vista hácia el sitio de donde habian quitado la cama de su hijo, y pidiendo á los comisarios que se le trajesen.

IV

Entre tanto, Petion y Treillard, apénas el rey habia salido de la Convencion, consiguieron que se le permitiese, como á todo acusado, escoger dos defensores. En vano Marat, Duhem, Billaud-Varennes y Chasles protestaron con sus clamores contra el derecho de la defensa, pidiendo atrevidamente una excepcion á la humanidad contra el *tirano rebelde á la nacion*; en vano exclamó Thuriot: «Es necesario que el tirano suba al cadalso». La Convencion se habia sublevado casi unánimemente contra aquella impaciencia de verdugo, y habia conservado la dignidad de juez. Cuatro de sus miembros, Cambaceres, Thuriot, Dupont de Bigorre y Dubois-Crancé fueron encargados de llevar al Temple el decreto que permitia al

rey escoger un consejo de defensa. La ley autorizaba al acusado á formarle de dos defensores.

Eligió el rey los dos abogados más célebres de Paris, Mrs. Tronchet y Target. El mismo dió á los comisarios la direccion de la casa de campo que habitaba Tronchet, y dijo ignoraba la residencia de Target. Pronunciados estos nombres en la sesion de la Convencion el mismo dia, el ministro de Justicia, Garat, fué



Colombeau lee el decreto llamando al rey á la barra de la Convencion.—Pág. 262.

encargado de notificar á los dos defensores la eleccion que el rey habia hecho de ellos para aquel último ministerio de la adhesion y de la salvacion.

Tronchet, abogado acostumbrado á las luchas políticas por las tormentas de la Asamblea constituyente, de que habia sido un miembro activo, aceptó sin dudar la mision gloriosa que le encomendaba el corazon de un proscrito.

Target, dotado de voz sonora, pero de alma pusilánime, temió el peligro de aparecer cómplice hasta del último pensamiento de un moribundo. Escribió á la Convencion una carta inspirada por la crueldad y la cobardía, en la que separaba de sí, con un miedo visible, un cargo que sus principios, decia, no le permitian

aceptar. Esta debilidad, léjos de popularizar á Target, le atrajo casi el desprecio de todos los partidos.

Diversos nombres se ofrecieron para reemplazar á Target. El rey escogió á Deseze, abogado de Burdeos establecido en Paris. Este jóven debió á aquella eleccion, de que era digno porque se gloriaba de ella, la celebridad de una larga vida, la primera magistratura de la justicia bajo otro reinado, y la ilustracion de su nombre perpetuada en su familia.

Pero estos dos hombres no eran más que los abogados del rey, y éste tenia necesidad de un amigo. Para consuelo de sus últimos dias y gloria del corazon humano, halló este amigo.

En una soledad cerca de Paris habia entónces un anciano llamado Lamoignon, nombre ilústre y consular en la altas magistraturas de la antigua monarquía. Los Lamoignon era de aquellas antiguas familias parlamentarias que se elevaban de siglo en siglo hasta los primeros destinos del reino por continuados servicios prestados á la nacion, y no por los favores de corte ó por los caprichos de los reyes. Así es que estas familias conservaban en sus opiniones y en sus costumbres algo de popular, que las hacía secretamente queridas á la nacion, y parecerse más bien á las grandes familias patricias de las repúblicas, que á las familias militares ó salidas de la nada en las monarquías. El débil resto de la libertad que las costumbres dejaban subsistir en la antigua monarquía, reposaba enteramente sobre aquella casta. Sólo estos magistrados recordaban de tiempo en tiempo á los reyes, por medio de respetuosas representaciones, que aún habia una opinion pública; ésta era la oposicion hereditaria del país.

Este anciano, de edad de setenta y cuatro años, llamado Malesherbes, habia sido dos veces ministro de Luis XVI. Sus ministerios, de corta duracion, fueron pagados con la ingratitud y el destierro, no por el rey, sino por el odio del clero, de la aristocracia y de las cortes. Liberal y filósofo, Malesherbes era uno de esos precursores que se adelantan, en un régimen de arbitrariedad y de abusos, á la aplicacion de las reglas de justicia y de razon, que las ideas llaman, pero á las cuales resisten las cosas. Si hombres semejantes se hallasen siempre á la cabeza de los gobiernos, apénas habria necesidad de leyes; ellos mismos son leyes, porque son la luz, la justicia y la virtud de su tiempo.

Malesherbes, discípulo de Juan Jacobo Rousseau y amigo de Turgot, el primero que habia introducido la filosofía en la administracion, se habia hecho amar de los filósofos del siglo XVIII, favoreciendo como director general de imprentas la introduccion en Francia de la *Enciclopedia*, este arsenal de nuevas ideas. Bajo una legislacion de tinieblas legales y de censura, Malesherbes habia descubierto atrevidamente los abusos reinantes, declarándose el cómplice de la luz. La Iglesia y la aristocracia no le perdonaron, y era uno de aquellos hombres á quienes más se acusaba de haber atacado la religion y el poder, creyendo haber combatido la supersticion y la tiranía. El fondo de su corazon era republicano en efecto, pero sus costumbres y sus sentimientos aún eran monárquicos; ejemplo vivo de aquella contradiccion interior que existe en esos hombres, nacidos, por decirlo así, en las fronteras de las revoluciones, cuyas ideas son de un tiempo y sus costumbres pertenecen á otro. El republicanismo de Malesherbes era á la república del momento lo que la idea filosófica del sabio es á los movimientos tumultuosos de un pueblo.



MALESHERBES.

Su teoría temía y se indignaba ante la práctica. No negaba las doctrinas de su vida, pero se cubría el rostro para no contemplar sus excesos, y las desgracias del rey le arrancaban lágrimas amargas. Este príncipe había sido la esperanza y algunas veces la ilusión de Malesherbes. Testigo y confidente de sus votos por la dicha del pueblo y por la reforma de la monarquía, Malesherbes había creído ver en el joven rey uno de estos soberanos reformadores que abdican por sí mismos el despotismo, que presentan su fuerza á las revoluciones para cumplirlas y moderarlas, y que legitiman el trono por los beneficios que proceden del alma de un rey benéfico. Malesherbes, ministro corto tiempo, había dejado de serlo sin perder su adhesión al rey. Conocía que la influencia de la corte le había arrancado su discípulo; pero había dejado un amigo secreto en su señor. Del fondo de su destierro le había seguido con los ojos, desde los Estados generales hasta el calabozo del Temple. Una correspondencia secreta, pero á largos intervalos, había llevado á Luis XVI los recuerdos, los votos y las conmiseraciones de su antiguo servidor. Al saber la noticia del proceso del rey, Malesherbes abandonó su retiro campestre y escribió á la Convención. El presidente Barere leyó su carta á la Asamblea.

«Ciudadano presidente,—decía Malesherbes,—no sé si la Convención dará á Luis XVI un consejo para defenderle, y si le dejará á su elección. En este caso, deseo que Luis XVI sepa que si me elige para este cargo, estoy pronto. No os pido deis parte á la Convención de mi deseo, porque estoy muy lejos de creerme un personaje tan importante para que se ocupe de mí; pero he sido llamado dos veces al consejo de aquel que fué mi señor, en tiempos en que este puesto era ambicionado por todo el mundo. Le debo el mismo servicio cuando se presenta un cargo que muchos creen peligroso. Si supiese un medio de hacerle conocer mis disposiciones, no me hubiera tomado la libertad de dirigirme á vos. He pensado que, en el lugar que ocupais, tendríais más medios que otro alguno para comunicarle este aviso.»

Toda la Convención, al oír el nombre de Malesherbes, sintió la conmoción eléctrica que imprime á las reuniones el nombre de un ciudadano virtuoso, y la emoción que experimenta la muchedumbre al ver un acto de valor y de virtud. Hasta el odio reconoció los santos derechos de la amistad en la súplica de Mr. de Malesherbes, y se accedió á ella. Algunos miembros protestaron contra el sistema de lentitud que las formalidades del proceso iban á perpetuar entre el culpable y el cadalso. «Se quiere con estas dilaciones prolongar el negocio durante un mes», —dijo Thuriot. «Los reyes—exclama Legendre—no dilatan sus venganzas contra los pueblos, ¡y vosotros dilatareis la justicia de un pueblo contra el rey!» «Preciso es derribar el busto de Bruto,—continuó Billaud-Vareñnes, mostrando con el gesto la estatua de aquel romano,—porque no titubeó como nosotros en vengar á un pueblo de un tirano.»

V

Introducido aquel mismo día en la torre donde gemía su señor, Malesherbes se vió precisado á aguardar en el último postigo. Los comisarios de la municipalidad encargados de impedir la introducción furtiva de toda arma que pudiese sustraer al rey por el suicidio al cadalso, le detuvieron largo rato en aquella pieza.